

La variable cultural

EDUARDO A. BOHÓRQUEZ

Cuando en el verano de 1993 Samuel Huntington expuso en una revista de asuntos internacionales que los conflictos venideros estarían vinculados con las características de las civilizaciones y no de la ideología, la economía o el Estado-nación, la respuesta del medio académico fue arrebatada y candente. La hipótesis de Huntington iba más allá de lo aceptable. Era cierto que no se podía menospreciar el alcance de la cultura, pero hacerla figurar al frente de su análisis era un atropello intelectual, un intento velado de seguir haciendo añicos tanto a la ideología como al Estado.

Algunas de las críticas dieron en el blanco. Huntington había simplificado la historia del mundo proponiendo siete u ocho civilizaciones en posible conflicto² y excedió los límites conceptuales de su texto cuando sugirió que la acción estatal se vería modificada en forma notable. No obstante, al cuestionar el nivel de influencia de la ideología o las motivaciones económicas en la gestación del conflicto, recuperó un debate que sobreviviría al que buscaba encontrar el número total de civilizaciones contemporáneas: la pertinencia de la cultura.

Las ámpulas levantadas por el texto de Huntington no eran nuevas. Desde sus primeros planteamientos sobre la vida de las sociedades, Marx había ubicado la cultura como un aspecto súper estructural y subjetivo de la historia. Por el contrario, Weber le concedió un papel central, incluso determinante del progreso económico en *La ética protestante y el espíritu del capitalismo*. Durkheim, por su parte, desarrolló la noción de cultura como un conjunto de creencias compartidas, reflejo de las configuraciones del poder en las sociedades'

A finales de la década de los sesenta, un grupo de intelectuales, entre los que se encontraban Daniel Bell, Seymour Martin Lipset y Talcott Parsons, pronosticaron el fin de la ideología'. Su análisis trasladaba el factor determinante del cambio social a la cultura. Desde su perspectiva, la ideología del Estado-nación había encontrado su propio límite: la crisis del Estado benefactor. Ellos reconocían la imposibilidad estructural del Estado para atender las demandas crecientes de la sociedad y presentaron al público una alternativa de modernización distante de la conducción estatal, representada por la sociedad y su cultura. Esta propuesta, calificada como conservadora, confrontaba las explicaciones sustentadas en la existencia de clases sociales con formas de pensar características y la hegemonía de las relaciones de producción sobre las manifestaciones humanas. Y aunque coincidía con el postulado psicológico del pensamiento marxista, la teoría crítica, la insistencia de la versión culturalista en romper con el concepto de ideología hizo que estas interpretaciones resultaran irreconciliables.

Junto con el marxismo, otras escuelas habrían de encarar la versión culturalista. La que mantiene mayor vigencia es, sin duda, la nacida con la teoría económica de la democracia, esto es, la elección racional. Para los representantes de esta escuela los comportamientos sociales debían ser explicados como el producto de ecuaciones mentales realizadas por los individuos. Desde las movilizaciones sociales hasta la formulación del voto resultaban de operaciones de costo-beneficio que colocan al sujeto en la defensa sistemática de sus intereses. En esta versión explicativa, la cultura tenía un papel secundario, relegada a su carácter de marco general para la acción social. La cultura, argumentaban, retrataba el reino de lo etéreo y no permitía explicar con suficiencia los rumbos de las sociedades.

Treinta años después la recuperación de la cultura no parece tan descabellada. En los últimos años, con la tajante destrucción del Estado de bienestar y el desmembramiento del socialismo real, una serie de estudios han recuperado versiones culturales que buscan explicar la acción social. De hecho, algunos analistas sociopolíticos han insistido en su renacimiento; destaca entre ellos el texto de Ronald Inglehart sobre la cultura política, publicado en 1988! Un par de años más tarde, el propio Inglehart postularía el concepto de revolución silenciosa, una transformación profunda de la sociedad que se gesta en el ámbito de los valores y que aparece correlacionado con la democracia y el desarrollo económico.

Pero el regreso de la variable cultural no se ha detenido en los análisis académicos. Estimulado por factores como el desarrollo de la opinión pública y transformaciones drásticas de la sociedad como la crisis del Estado benefactor o la del Este europeo, el estudio de los valores sociales ha conseguido un lugar determinante. La Organización para la Cooperación y el Desarrollo Económico (OCDE), por ejemplo, lanzó un documento en 1981 sobre la crisis del Estado de bienestar que incluía apartados específicos sobre los retos de las políticas sociales y los valores.' Partiendo de la necesidad de expresar los intereses y preocupaciones a través de canales más amplios que los ofrecidos por los medios políticos tradicionales, la OCDE mostraba su preocupación por la extensión y ritmo de los valores post materialistas.

Un fenómeno similar podría presentarse ahora entre los grandes consorcios internacionales, para quienes las culturas de sus interlocutores comerciales, las autoridades de los países donde invierten o sus empleados, representan la reducción del número de contratos, la obstaculización de relaciones comerciales o la generación de pérdidas millonarias. Como evidencia de este fenómeno, el número más reciente de la publicación financiera empresarial Harvard Business Review presenta un balance de lo que llama "Valores en tensión, la ética fuera de casa", donde se perfila el lado débil de la globalización en lo relativo a modelos culturales distintos a los del liberalismo "ético" del norte occidental.

Bajo este panorama de pertinencia cultural en las relaciones políticas, económicas y comerciales, las consecuencias por la variable cultural resultan bastante claras. En primer término, es necesario reconocer que aunque los valores condicionan en forma e intensidad variable la conducta de las personas y las sociedades, es imposible establecer y probar principios de causalidad entre ciertas manifestaciones culturales y algunos tipos de

comportamientos. La cultura es un trozo de tierra fértil para ciertas conductas y prácticas sociales, pero no puede garantizar la clase de cultivo de estas tierras.

Sin embargo, si tomamos en cuenta que los conflictos actuales más importantes (alrededor de 30 guerras) no han sido librados con ortodoxia por los Estados-nación regidos por la ideología, sino por organizaciones, etnias y grupos subnacionales, mucho más condicionados por su cultura que por un modelo acabado de alcance nacional, la inclusión de la variable cultural parece indispensable. En estos conflictos, la defensa y promoción de intereses no es, por lo general, un asunto de proyectos nacionales, integradores de clases sociales y grupos antagónicos, sino producto de intereses concretos, formados con la experiencia histórica, las relaciones sociales más inmediatas y la propia cultura. Es necesario identificar, por tanto, las formas de pensar de las distintas generaciones, su cuadro personal de afinidades y valores que enfrenta marcos institucionales tan desvencijados como el Estado de bienestar, particularmente en aquellas naciones donde el vértice cultural más importante está trazado por la corrupción o la pobreza.

Y aquí es tal vez donde la variable cultural ha de incorporarse con mayor cuidado en el estudio de las sociedades. Aun asumiendo la existencia de correlaciones estadísticas entre valores concretos y desarrollo económico o político (una suerte de versión mucho más acabada de los requisitos sociales planteados por Tocqueville en *La democracia en América*), esto no puede ni debe interpretarse como impedimento para la existencia de ciertas instituciones. En el este asiático, por ejemplo, los gobiernos de corte semiautoritario insisten que dentro de culturas confucionistas no es razonable el ingreso de formas democráticas como las occidentales. Estos gobiernos, llamados autoritarismos suaves, aciertan en señalar la diferencia cultural como escudo contra la insistencia occidental en el liberalismo y la democracia, pero también utilizan su cultura como un refugio para la transformación política iniciada "desde adentro". Esta parece ser una razón suficiente en contra del determinismo cultural. Si un tipo de cultura se convierte en prerrequisito del desarrollo o la democracia, entraremos en un callejón sin salida que impide la transformación de las sociedades. Bajo la insistencia de recuperar la cultura, es necesario recalcar que las transformaciones culturales son complemento y estímulo a las institucionales, son formas paralelas que garantizan el buen funcionamiento de diferentes formas de gobierno, pero no su antecedente.

1 Nos referimos a Samuel P. Huntington, "The Clash of the Civilizations?", en *Foreign Affairs*, verano de 1993. pp. 22-49. Aunque las críticas de mayor fiereza se publicaron en distintos sitios, algunas de ellas pueden verse en el siguiente número de la misma publicación (septiembre/octubre de 1993), que contiene casi media docena de réplicas sobre el tema.

2 Huntington se refirió a las siguientes civilizaciones: occidental, confuciana, japonesa, islámica, hindú, eslava ortodoxa, latinoamericana y, posiblemente, africana.

3 Cfr. R. Wuthrow, et al., *Análisis cultural*, Paidós, 1988 pp.12-13.

4 Sobre este punto puede verse Fernando Quesada, "De la teoría política del individualismo posesivo a la democracia participativa", en José María González y Femado Quesada, coords., *Teorías de la democracia*, Barcelona, Anthropos, 1988, pp. 267-310

5 En "The Renaissance of Political Culture" (en *American Political Science Review*, vol. 82, núm. 4, diciembre de 1988, 1203-1230), Inglehart plantea los problemas relativos ala satisfacción personal en la vida, la confianza interpersonal y el apoyo al orden social existente, en correlación con el desarrollo democrático.

6 Bemard Cazes, "Issues for discussion", cap. I., en *The Challenges Facing Social Policy in the 1980's; The Welfare State in Crisis*, OECD, Paris, 1981, pp. 73-84.

7 Thomas Donaldson, "Values in Tension: Ethics Away from Home", en *Harvard Business Review*, septiembre-octubre de 1996, pp. 48-62.

Energía en México
Sector del gas natural



